

nuevo aborto, que había adivinado desde la última carta de Lázaro, y más la emocionaba el enfriamiento que existía entre él y su mujer. ¿Cómo habían llegado (se preguntaba) tan rápidamente á semejante malestar, jóvenes ambos, con medios para vivir holgados, sin otra preocupación que la de su dicha?

Veinte veces interrogó á su primo, que sólo contestaba con balbucientes palabras, palideciendo y volviendo á otro lado sus miradas; ella reconoció al punto en aquel aspecto de vergüenza y de miedo la angustia de la muerte que le producía en otro tiempo escalofríos, y que disimulaba como un vicio secreto. ¿Pero era posible que el hielo de la nada, el frío del no ser hubiese podido acostarse entre los dos, en el lecho todavía caliente de su noche de boda?

Dudó ella por espacio de algunos días; mas luego, sin qué él declarase una palabra más, leyó la verdad en sus ojos cierta noche en que bajó de su cuarto, sin luz, trastornado, como huyendo delante de lividos espectros.

En París, en medio de la fiebre de amor de las primeras noches, Lázaro había olvidado la muerte refugiándose en los brazos de Luisa y tan rendido

luego de laxitud, que se dormía con profundo sueño de niño.

Ella también le amaba con sus gracias voluptuosas de coqueta, y volvía otra vez á excitarle, á provocarle, si él cesaba una hora de ocuparse en ella....

Pero la saciedad vino; él se extrañaba de no poder ir más allá de la embriaguez de amor en que se hundía los primeros días, y ella con su ardiente necesidad de caricias, no pidiéndole y no dando nada, tampoco le ofrecía ni sostén ni valor de la vida.

¿Luego eran tan breves las alegrías de la carne? ¿luego no se podía gozarlas incesantemente, buscar allí sensaciones nuevas cuya incógnita descubierta fuese poderosa para mantener la ilusión de la dicha?

Una noche Lázaro se despertó sobresaltado por un soplo glacial que le erizaba los pelos de la nuca, y tembló, y balbuceó su grito de angustia:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Es necesario morir!

Luisa dormía á su lado.... Luego era la muerte lo que él volvía á encontrar entre el chasquido de los besos.

Entonces, sucediéndose noches tan tristes, volvió á caer en su antigua pesadilla, y súbitamente, en medio de sus horas de calma, sentía horribles escalofríos.

Y esto no era ya el sobresalto, la excitación de otras veces; la lesión nerviosa había aumentado en él; los choques de las nuevas sacudidas le quebrantaban todo su ser; las tinieblas exasperaban su ansiedad, y no podía acostarse sin dejar lamparilla encendida, no obstante el continuo temor que le embargaba porque Luisa descubriese su malestar.

Aquella criatura palpitante, viva, cuyo tibio calor sentía al lado suyo, le inquietaba; y desde que el miedo le hacía levantar de la almohada la cabeza, cargada aún de sueño, dirigía hacia ella la mirada con el medroso pensamiento de verla, con sus grandes ojos abiertos, mirándole fijamente.

Pero Luisa no se movía; él veía, á favor de la tenue luz de la lamparilla, el rostro inmóvil de su mujer, sus labios gruesos, sus párpados finos cerrados.

Y cuando empezaba á tranquilizarse, una noche la encontró como había temido encontrarla tantas veces: mirándole fijamente con sus grandes ojos abiertos.

Ella nada le dijo, aunque le vió temblar y palidecer. ¡Sin duda ella también había sentido pasar la muerte, porque se arrojó sobre él, con abandono de mujer asustada que pide amparo!

Luego, queriendo engañarse mutuamente, ambos fingieron haber oído ruido de pasos, y se levantaron para mirar bajo los muebles y detrás de las cortinas.....

Desde aquella noche, Luisa estaba tan nerviosa como Lázaro, según acontece cuando dos amantes son arrebatados por la misma enfermedad.

Él, si se despertaba y ella estaba dormida, asustábase de aquel sueño. ¿Pero ella respiraba? ¡Si no sentía su aliento! ¡Acaso acababa de morir de repente!

Y estudiaba las líneas de su rostro, la tocaba las manos, se tranquilizaba, por último, y sin embargo, no podía volver á dormirse, porque la idea de que ella habría de morir alguna vez le inspiraba este lúgubre ensueño: «¿Quién marcharía primero, él ó ella?»

Y examinaba las dos hipótesis, los cuadros téticos de la muerte; desenvolvía ante sus ojos imágenes precisas, con cruel estertor de agonía, con la abominación de la mortaja, con la separación brutal y eterna.

Y entonces todo su ser se agitaba: ¡no volver á verse nunca, nunca!

¡Cuando se ha vivido como ellos vivían, carne

contra carne! ¡Oh! ¡él sentía que su cabeza desvariaba, que la locura le acometía, y aquel horror parecía como que no podía entrar en su cráneo!

Su miedo entonces se transformaba en bravura, y anhelaba partir antes que ella....

Y muchas veces, para librarse de semejante obsesión, la cogía dulcemente, sin despertarla; y no podía sostenerla mucho tiempo, no, porque la sensación de vida que llenaba sus brazos le aterraba todavía más.

Si apoyaba la cabeza sobre el pecho de Luisa, si escuchaba latir su corazón, no podía seguir sin angustia aquellos movimientos, porque suponía cercano un desmayo mortal: las piernas que él tenía enlazadas con las de su esposa, el talle que ceñía en estrecho abrazo, aquel cuerpo entero, tan flexible, tan adorado, se le hacía bien pronto como insostenible, le llenaba de ansiosa expectación en su pesadilla imbecil de la nada, de la muerte.

Y cuando ella se despertaba, cuando un ardiente deseo les unía más estrechamente, labios sobre labios, estremeciéndose en el espasmo del amor con idea de olvidar allí sus miserias, salían después tan temblorosos, y quedaban tan rendidos sobre la espalda, que no podían recobrar el sueño, disgustados hasta de la dicha de amarse.

Y en la sombra de la alcoba, sus ojos, desmesuradamente abiertos, seguían contemplando el vestiglo de la muerte.

*
* *

Por entonces fué cuando Lázaro se cansó de los negocios; la pereza le dominaba, y pasaba sus días en la ociosidad, presentando por excusa el desprecio que sentía hacia los hombres de dinero.

La verdad era que tal preocupación constante de la muerte le quitaba cada día más el gusto y la fuerza de vivir.

Y caía otra vez en su antigua idea: «¿Y para qué?»

Si el viaje final estaba siempre dispuesto, mañana, hoy, quizás dentro de una hora, ¿para qué agitarse, y moverse, y apasionarse por llegar á poseer una cosa mejor que otra?

Su existencia era una muerte lenta y diaria, de la cual escuchaba sin cesar, como antes de casarse, el movimiento acompasado, movimiento de relojería que ahora empezaba á debilitarse: su corazón no latía tan fuerte; los demás órganos de su cuerpo estaban como perezosos; todo quizá se paralizaría en breve plazo, y pensaba con escalofríos en semejante disminución de la vida.

¡Creía estar enfermo á todas horas, que se despedazaba en el interior de su cuerpo, que sus días estaban contados, y aguardaba febrilmente una catástrofe!

Luego veía morir las gentes de su conocimiento, y cada vez que se le anunciaba el fallecimiento de un camarada, recibía una sacudida violenta. ¿Era aquello posible? ¡Pues si el muerto tenía tres años menos que él, y parecía robusto para vivir cien años! ¿Y otro de los muertos? ¿Cómo había desaparecido tan pronto un hombre tan prudente que pesaba hasta sus alimentos?

Y durante dos días no pensaba en otra cosa, y se palpaba á sí mismo, é interrogaba las enfermedades de aquéllos, y acababa por buscar querella á los pobres difuntos, porque, en la necesidad de tranquilizarse, les acusaba de haber muerto por cometer alguna imprudencia imperdonable, ó bien de haber sucumbido á una dolencia desconocida en absoluto por los mismos médicos.

Y aunque procuraba alejar de su vista el espectro importuno, oía siempre en su interior las ruedas de la máquina, á punto de destornillarse, y resbalaba sin momento de reposo por la pendiente de los años, y al fin de ella veía con el pensamiento el enorme

agujero negro de la nada, que le ponía de punta los pelos y le bañaba el rostro en sudor frío.

Cuando Lázaro no iba á la oficina estallaban rencillas en el hogar doméstico; tenía miedo de que la casa se quemase; vivía en expectación de una desgracia; sobresaltábase al oír que abrían una puerta con demasiado ruido; latíale el corazón violentamente cuando recibía una carta....

Y tenía desconfianza de todos, hasta ocultar el dinero en pequeñas sumas y en partes diversas, y tener secretos los más sencillos proyectos; y su fastidio crecía inmenso, dominándolo todo, ahogándolo todo; el fastidio de un hombre que ha perdido su equilibrio moral, y á quien la idea siempre viva de la muerte próxima disgustaba de toda acción y le hacía quedar inútil para todo, bajo el pretexto de la nada miserable de la vida.

¿Por qué agitarse? ¡La ciencia era limitada!

Tenía, en suma, el hastío escéptico de toda la generación de su tiempo, no aquel hastío romántico de los Werther y los René, llorando la pérdida de sus antiguas creencias, sino el de los nuevos héroes de la duda, el de los jóvenes químicos que declaran al mundo imposible porque no han hallado de golpe la vida en el fondo de sus retortas.

Un poco dolor de cabeza le hacía quejarse rabiamente de dolores en todos los huesos; con cualquier amigo su conversación versaba sobre la estupidéz de la existencia, sobre la ruda suerte de los que llenaban los nichos del cementerio; los asuntos lúgubres le atraían, y se impresionó enormemente con el artículo de un astrónomo de fantasía que anunciaba el advenimiento de un cometa cuya cola habría de barrer la tierra como si ésta fuese un grano de arena.

¿No se veía en esto la catástrofe cósmica esperada, el colosal cartucho que habría de hacer saltar al mundo como si fuese el casco de un buque podrido?

Y este anhelo continuo de la muerte, estas acariaciadas teorías de universal desquiciamiento no eran sino el debate desesperado de sus terrores, el vano ruido de sus palabras, bajo el cual se ocultaba la expectación abominable de su fin.

Y, sin embargo, la preñez de su mujer, hacia el mismo tiempo, le causó nuevos temores, es decir, sensación indefinible de malestar y á la vez de grandísima alegría, porque, contra las ideas del *viejo* (así llamaba á Schopenhauer), la idea de ser padre, de haber hecho una vida, le llenaba de orgullo.

* *

Justamente desde los primeros meses la preñez se presentó con accidentes dolorosos, y siempre la casa agitada, los hábitos ordinarios desarreglados, surgieron querellas frecuentes que acabaron de hacerle verdaderamente desgraciado.

El hijo que anhelaba, aquel hijo que hubiera debido ser motivo para la unión más íntima de los esposos, aumentaba en ambos el descontento, la frialdad en la vida conyugal; y por lo mismo, cuando el médico habló de la conveniencia del aire de las montañas, sintióse aliviado con el proyecto de conducir á su mujer á casa de su prima y disfrutar él de una ausencia de quince días con el pretexto de ir á ver á su padre á Bonneville.

La noche en que Paulina conoció la historia completa de los diez y ocho meses de su matrimonio, quedóse un instante sin voz, como aturdida por aquel desastre.

Estaban en el comedor: Chanteau se había acostado, y Lázaro acabó su confesión bajo la lámpara que fulguraba, cuando después de un rato de silencio Paulina exclamó:

— ¡Pero ya no os amáis, Dios mío!

Y él, levantándose para subir á su cuarto, protestó con sonrisa indefinible, y dijo estas palabras:

—Nos amamos tanto como se puede amar, querida mía. Tú no sabes nada en este rincón de Bonnevillle. ¿Por qué el amor ha de tener privilegios?

Paulina subió á su cuarto y fué presa de una crisis de desesperación que la tuvo en una silla, desvelada é inquieta, mientras la casa dormía. ¿Es que iban á repetirse las desgracias? ¡Cuando ella se había arrancado el corazón hasta entregar Lázaro á Luisa, comprendía entonces la inutilidad de su sacrificio! ¡Ya no se amaban! ¡Ella había llorado en vano lágrimas ardientes y vertido toda la sangre de su martirio!

¿Luego nunca se cesaba de sufrir?

Y mientras miraba fijamente consumirse la bujía, el pensamiento de que ella sola era la culpable, en tan fatal suceso, surgía de su conciencia y la oprimía el corazón: ella sola, sí, había concebido y realizado el matrimonio de los jóvenes, sin comprender que Luisa no era la mujer que su primo necesitaba, demasiado nerviosa para equilibrar las facultades y las aspiraciones de su marido.

¡Qué miseria! ¡Hacer el mal cuando se quiere hacer el bien! ¡Ignorar las variaciones de la existencia hasta el punto de perder á las gentes á quien se quiere salvar!

Cierto que ella quiso ser buena, dar solidez á su obra caritativa, pagando la felicidad de aquéllos con muchas lágrimas; pero á la sazón despreciaba su misma bondad, porque tal bondad no daba siempre la dicha.

La casa estaba en el silencio del sueño, y Paulina sólo escuchaba los latidos de su sangre que la golpeaba en las sienes. ¿Por qué no se había casado ella misma con Lázaro? Si él la pertenecía, ¿por qué dársele á la otra?

Quizás él se habría desesperado en los primeros días, pero luego hubiera sabido ella inspirarle su valor, defenderle contra aquellos ensueños imbéciles; porque ¿no valía más que la otra?

Y ahora negaba su pasión, á pesar de sus abandonos de amante sensual, porque encontraba en su corazón una pasión distinta, más amplia, la que se sacrifica al ser amado; sí: porque ella amaba á su primo hasta desaparecer de su lado si la otra había de hacerle dichoso; pero si la otra no sabía ni conservar la gran dicha de tenerle consigo, ¿iría quizás á romper aquella mala unión?

Y su cólera aumentaba, y sentíase más hermosa y más valiente, mirando su garganta y su seno de virgen con el brusco orgullo de la mujer que hubiera

ella sido al lado de Lázaro, porque ella sola debía haberse casado con Lázaro.

Las horas de la noche caían una á una, sin que tuviera el pensamiento de meterse en el lecho, y un ensueño invadió sus ojos abiertos, fascinados por la llama de la bujía que miraba siempre sin verla.

Parecíala que no estaba en su cuarto, que se había casado con Lázaro, y su existencia se desenvolvía delante de ella en cuadros de amor y de felicidad: estaban los dos en Bonneville, al lado del ancho mar azul, ó bien en París, en una calle ruidosa; la tranquilidad de su morada, los libros que había por todas partes, las flores que adornaban la mesa, la lámpara que resplandecía con fulgores dorados, mientras las sombras de la noche caían del techo; en cada momento sus manos se buscaban, y si él había recobrado la alegría feliz de la juventud, ella lo amaba tanto que le hacía creer en la eternidad de la existencia; á tal hora se ponían á la mesa; á tal otra salían juntos; mañana verían los dos la cuenta del gasto semanal, y gozarían con los detalles familiares de la casa, del hogar doméstico; ella siempre alegre con su dicha, desde que se ponía el ligero vestido de las mañanas hasta su postrer beso de las noches; y un día observaba ella que estaba en cinta....

Entonces un gran escalofrío sacudió y desvaneció su ensueño, y Paulina se encontró en su cuarto, delante de la bujía casi acabada.

¡Dios mío! ¡Y la otra estaba en cinta! ¡Y ella no conocería jamás aquellas dulces alegrías!

Aquello fué una caída tan ruda, un despertar tan brusco, que lágrimas saltaron de sus ojos, y lloró amargamente, con gemidos de angustia que la destrozaban el pecho.

Paulina conservó de esa noche de fiebre una emoción profundísima, una piedad caritativa hacia aquel matrimonio descreído y hacia ella misma, y su pesar se fundía en una especie de esperanza de ternura, aunque no hubiera podido decir con qué contaba, ni se atrevía á analizarse en medio de los sentimientos confusos que agitaban su corazón.

La bujía se extinguió, y Paulina tuvo que acostarse á oscuras.

*
* *

Al presente lo que más la importaba era tranquilizar á Lázaro, hacer que su reposo en Bonneville fuera en realidad provechoso, y por lo mismo recobró al punto su alegría y los dos se engolfaron en sus antiguas costumbres de compañeros.